

flor
Canosa

La tercera aberración

 Horror
Vacui

A Martín Blasco, mi hogar.

¿Estoy caminando hacia algo de lo que debería estar huyendo?

Shirley Jackson, *La maldición de Hill House*

Se recomienda a todos los habitantes el estricto acatamiento a las disposiciones y directivas que emanen de autoridad militar, de seguridad o policial, así como extremar el cuidado en evitar acciones y actitudes individuales o de grupo que puedan exigir la intervención drástica del personal en operaciones.

Autores varios, *Relato de terror argentino*



ÍNDICE

Ingreso al cuerpo fresco	13
La escena del crimen	17
<i>Stayin' Alive</i>	21
Cronos	27
Una aberración arquitectónica	31
Otra aberración arquitectónica	37
Inodoro, incoloro, insípido	41
El interior de las caras	45
La casa de al lado	49
<i>Matrioshka</i>	57
El atravesamiento del fantasma	61
Cartomancia	67
Mitología	71
El viaje de Minerva al interior de sí misma	75
Naturaleza muerta	79
Hielo delgado	85
Los dudosos arcanos de Moira	91
La madre de sus padres	95
Noticias del reino vegetal	99
Convidado de piedra	107
La habitación de los dientes	113
Feliz constelación	117
La tercera aberración	121

Decapitados	129
La habitación secreta	133
Nuria tenía razón	137
Dónde	141
Consortio	145
¿Y papá?	149
La visita	153
La suma de los terrores	159
Plano	161
Un objeto inútil	163
Desquicio	167
Las cuatro de la tarde	171
Todo oídos	175
Esoterismo	179
Estamos todos locos	183
Ni vivo ni muerto	187
Herramientas	191
Posguerra	197
Egreso del cuerpo fresco	201
Agradecimientos	205

INGRESO AL CUERPO FRESCO

Sergio arrastra su valija de cuero subiendo los diez escalones de mármol cubiertos por una alfombra que alguna vez fue roja punzó. El ascenso es como la lengua agotada que despliega la casa hacia la vereda. Se detiene frente al cartel desteñido y toca el timbre. Espera. Descuelga el bolso que lleva cruzado sobre el pecho. Los bocinazos de avenida Entre Ríos llegan con urgencia, o tal vez provengan de avenida Independencia, es difícil saberlo desde el segundo zaguán. Virrey Cevallos es una calle tranquila. Sergio espera. Un aire fresco asoma desde el interior de la casa colándose por la parte inferior de la puerta. Nada se mueve adentro, todo el movimiento percibido es el trajinar mínimo y algunas voces de la calle. Espera. Una sombra obnubila la cortina de *voile* que oculta la recepción, y se abre la puerta después de larguísimos diez minutos. Nuria le echa un vistazo. No puede decidir qué opina sobre lo que está viendo, y eso es mucho para Nuria. El vistazo que Sergio echa a Nuria es fugaz. No quiere hacerse una impresión porque no le interesan las personas que, tal vez, pasen por su vida cinco minutos. Si el hotel no le convence, no tiene que pensar nunca más en esa señora rubia de rodete y facciones gélidas.

Busco una habitación, dice Sergio.

Su voz no tiene timbre preciso, vibra en un semitono que suena a ronroneo. Tiene la voz para adentro, como si se tragara la mitad de los sonidos. Nuria sonrío con las comisuras tirantes y se hace a un lado.

Pasá, pasá.

Sergio vuelve a cruzarse el bolso sobre el pecho y arrastra la valija hacia el interior.

‡

Para un arquitecto, esta casa sería una aberración arquitectónica. Un típico *petit hôtel* de principios del siglo xx que, sin embargo, no cumple con ninguna regla, no se rige por los lugares comunes de la distribución y es tan fácil perderse en su interior como volver al punto de partida sin pensarlo. Pero ningún arquitecto entra a la casa, apenas albañiles o trabajadores por hora. Es cuestión de seguir las indicaciones para llegar a un cuarto, a la cocina, a los baños o al comedor. Hay algunos carteles con instrucciones escritos a mano con una caligrafía prolija que, piensa Sergio, fue sin duda dibujada por la mano de esta mujer. Eso es todo lo que se necesita para entender el hotel familiar sin nombre. A una casa se la vive, se la camina, se la duerme, no se la explica.

‡

Nuria le sugiere a Sergio que deje sus pertenencias en la recepción —apenas un escritorio junto a la escalera— para ver primero el cuarto. Guía a Sergio por los dos pisos de la escalera de mármol sin alfombra. Si la externa parece una lengua, esta escalera bien puede ser los dientes, carcomidos en sus bordes por la edad de esa boca casi sin piezas faltantes. El potencial cuarto está al fondo del pasillo. En un ángulo, camuflado entre los arabescos del empapelado monótono, Cronos observa estático a la visita. Es un gato adulto todo gris, de mirada amarilla oblicua que contempla el movimiento con la indiferencia de quien ya lo ha visto todo. Sergio le sonríe con una simpatía innecesaria para una mascota cuyo lenguaje tiene otros códigos, pero no puede evitar el impulso de agradar, aunque sea al gato.

Cómo se llama, pregunta.

Cronos.

¿Cronos? Qué original.

Hay un patrón en los nombres.

Sergio no pregunta más, observa la habitación que Nuria acaba de inaugurar a sus ojos. Es apenas un rectángulo que obliga a que los muebles se ubiquen contra las dos paredes largas. En un extremo está la puerta y, en el opuesto, una ventana que respira al contrafrente.

Así es más silencioso, le dice Nuria leyéndole la mirada.

La cama de una plaza a la derecha, el escritorio en la pared frente a ella y un armario angosto de dos puertas. Nada más. El baño está a tres puertas de distancia.

La habitación de al lado está vacía, pero no tiene ventana, por eso es mejor esta, aclara Nuria. Y más silencio, también, repite la mujer para quien el silencio parece el centro de una religión personal.

Sergio paga el mes. No es una persona exigente y, de hecho, este hotel es un poco mejor de lo que imaginaba por el precio. Se ve limpio y tranquilo. Silencioso, piensa, y sonríe sin un solo gesto. Es transitorio, ya encontrará una vivienda más acorde. En marzo empieza la facultad, tiene un trabajo próximo como cadete en un estudio jurídico un par de horas al día. Le cuenta esto a Nuria mientras ella decide mostrarle la primera planta, y también mientras asiente como si le importara. Le presenta el comedor, aunque le dice que nadie lo usa, no le quiere confesar que en realidad ella no quiere que nadie lo use y eso sucede casi por sugestión. Hay una orden en su tono. Casi todo lo que dice Nuria suena a exigencia. Parece una institutriz alemana de novela de terror, piensa Sergio, quien ahora la observa con mayor atención, porque es parte del paisaje

que acaba de elegir. Luego le muestra la cocina y el patio. Le dice que el tercer piso es la vivienda familiar y que no se puede acceder a la terraza, pero por una tarifa extra puede lavarle la ropa, colgarla, plancharla y entregársela en su cuarto.



Es muy grande el hotel, dice Sergio sin que se entienda si es una pregunta o una afirmación. A veces su voz monocrorde provoca la sensación de que no tuviera inflexiones.

Para Nuria, la casa tiene veintiocho habitaciones. Ella conoce una más que la mayoría de los habitantes. Para Víctor, su marido, son unas veinte, porque a los trasteros nunca entra y hay otra (el cuarto llamado por Nuria) que no conoce. Entre los hijos, Apolo es totalmente indiferente a los números, como si no formara parte de su cosmología. Minerva cree en la versión oficial de las veintisiete habitaciones y le teme a cada una de ellas. No necesita pensarlas ni enumerarlas, prefiere omitir su existencia (excepto por una, que reviste el carácter de un santuario), como si el espacio entre la planta baja y el tercer piso fuera terreno yermo. Sube las escaleras siempre a la carrera, sin mirar más que el escalón que tiene enfrente y girando en los recodos con los ojos clavados en el empapelado gris. En cambio, Diana sabe que son treinta y una, porque las puede oler todas aunque estén amuralladas. Huele cada una de esas habitaciones que se tragó el tiempo y los secretos. Sabe qué hay detrás de los ladrillos. Quién hay. También huele un poco más allá del muro, pero de ese olor nadie habla.